

**ESCUELA DE PADRES POR CORRESPONDENCIA**

**Carta nº 162: Un suero contra la deshidratación**

Estimados padres:

Sin duda que la excepción confirma la regla como declara el dicho. Pero ante tantas dudas como se suscitan sobre el verdadero poder de influencia y orientación de los padres y las familias, habrá que concluir que, efectivamente, una de las claves del éxito personal de los individuos radica, sin duda, en la fortuna de haberse criado en un hogar que aporte cariño y valores positivos.

Y alguien podrá preguntarse ¿pero es que acaso existen valores negativos? Lamentablemente, como pasaba en nuestros tiempos de escuela y llegó un día en que descubrimos que las cifras, si se les ponía una rayita por delante (¡y no digamos ya si estaban dentro de un paréntesis!), cambiaban completamente su "valor" y se volvían todo lo contrario, así sucede también con la sociedad en su conjunto y con los individuos en particular.

Porque exactamente eso es lo mismo que ocurre con algunos principios, actitudes, conductas, etc. Nosotros, los adultos, somos los que nos encargamos de establecer -y no solamente en modas o costumbres sino también en leyes y reglamentos- como deseables o rechazables dichos, hechos o pensamientos. Y transmitirlos (explícitamente de palabra o a través de nuestros propios desempeños) a las generaciones menudas en el día a día de nuestra convivencia en el hogar, en el aula, en la calle o en los medios.

Nos guste o no reconocerlo, de la misma manera que existen individuos tóxicos, existen también familias tóxicas. Y decimos esto con independencia de la composición de esa familia y de la situación civil del progenitor o progenitores. Y no podemos esperar del infante o del muchacho que, por sí mismo, sea capaz de sobreponerse a esa toxicidad que, en el mejor de los casos, puede ser transitoria (debido a algún episodio concreto) o, lo que es peor, permanente en el tiempo y, con ello, abocada a generar una gran perturbación en todos los órdenes.

También se nos dirá que los valores y principios son relativos y están sujetos a cambios, a la evolución de la propia sociedad. ¡Qué duda cabe! La esclavitud o la tortura son buenos ejemplos de hechos que en otro tiempo resultaban completamente aceptables y hoy, al menos en buena parte del mundo "civilizado", han quedado proscritos.

Pero, por eso mismo, porque somos conscientes de que determinados modos de ser y de actuar se muestran claramente perjudiciales, estamos llamados a intentar que no se apoderen de nuestro entorno familiar y, ante la amenaza de su cercanía, espantarlos del modo más contundente posible.

Lo dicho: la clave la tenemos nosotros: los padres de estos seres que nacen sin saber, que tienen que aprenderlo todo y contra quienes han ido saliendo otros poderosos agentes de intervención que no siempre empujan en la misma dirección que intentamos indicar. Porque esos agentes, aceptémoslo, son más fuertes y tienen, además, un máster en marketing con sobresaliente que les facilita “colar” su mercancía (incluso cuando ésta sólo es humo) entre los distintos sectores de la población.

No hay fracaso irreversible. No hay causa perdida. Al menos no entre quienes atesoran un algo de estima hacia sí mismos y un bastante de confianza en que las cosas, necesariamente, pueden y deben cambiar cuando (por unas cosas o por otras) todos los regustos de nuestras vidas y nuestros intercambios se vuelven amargos. Y, siempre, merece la pena remangarse para tal propósito.

Puede ocurrir, y de hecho ocurre que una mala racha, una temporada delicada haya puesto a nuestra familia contra las cuerdas y en una situación de “deshidratación” más o menos severa. No hacer nada o, peor aún, insistir en las actuaciones que nos han llevado a la misma puede tener un desenlace fatal. Reconsiderar algunas cosas, sin embargo, y dar cancha al perdón y la reparación, puede ser el suero que permita pasar, más adelante a una alimentación e ingesta de líquidos normalizada. Y, con ello, restablecer, a continuación, todas las posibilidades de poder encontrar en la vida algunas de esas emociones, experiencias y logros que nos reconcilien con nuestra condición de humanos.

Y es que tanto dolor y tanto sufrimiento como nos rodea (o, incluso, puede estar viviéndose entre las cuatro paredes de nuestra propia casa) acaba siendo un germen que chupa nuestra existencia, que succiona nuestra vitalidad y acaba dejando sin margen de maniobra a nuestra esperanza y a nuestra libertad.

Cierto que “poner” las noticias nos abate. Pero es que abrir la ventana (o, simplemente, escuchar a través de las permeables paredes de casa) puede ser suficiente para darnos cuenta de cuánta vida se nos está derramando por equivocarnos en nuestras prioridades, por satisfacer rencores o competir envidias. Muy cerca de nosotros. ¿O, quizá nosotros mismos?

Frente a esa hemorragia de energía (y no tenemos tarifa “ilimitada”) nada mejor que parar un momento y buscar en nuestros hijos el verdadero rostro de la paz y de la concordia. Ellos deben ser la mejor terapia para restablecer todos los desequilibrios. Sin decirnos nada, benjamines o adolescentes, seguro que simplemente al devolvernos la mirada nos harán más fácil la tarea de recuperar las fuerzas perdidas y el desgaste empleado y, de ese modo, acabar de dar con la combinación de esa caja fuerte que se llama felicidad. Haya lo que haya dentro de ella.